

## AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN CAPITÁN FRANCÉS POR TIERRAS TOLEDANAS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

*Francisco Vicente Calle Calle*

Este artículo es, principalmente, la traducción de las páginas dedicadas a narrar las aventuras de un capitán francés apellidado Chalbrand en la obra titulada *Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Péninsule (1808-1814)*, publicada en Tours en 1856, por el editor Just Jean Étienne Roy, (1794-1871). En dicha obra se transcriben, como señala el propio editor en el prólogo, “los recuerdos de las Guerras de la Península” de un coronel del ejército francés apellidado Chalbrand, recogidos por diferentes amigos y familiares y completados con diversos documentos históricos como proclamas, órdenes del día, actas oficiales, etc.<sup>1</sup>.

Poco sabemos de la biografía de dicho coronel, excepción hecha de las fechas de su nacimiento y muerte (1773-1854) y de lo que nos cuenta (o nos cuentan) en sus “recuerdos” sobre sus aventuras en las principales

---

<sup>1</sup> El citado libro es uno de los varios volúmenes que J. J. E. Roy publicó con los recuerdos de las distintas guerras en las que participó el coronel Chalbrand durante la Revolución y el Imperio. Otros títulos de la colección son: *Les Français en Italie*, *Les Français en Egypte*, *Les Français en Allemagne* o *Les Français en Russie*. Queremos señalar que en el año 2003 publicamos junto con María de los Ángeles Arias Álvarez, un artículo titulado “Aventuras y desventuras de un capitán francés por tierras extremeñas durante la Guerra de la Independencia”, *Revista de Estudios Extremeños*, año 2003, tomo LIX, nº III, septiembre-diciembre, pp. 1037-1057. Dicho artículo era fundamentalmente la traducción de las páginas en las que se describe el paso del militar francés, entonces capitán, como prisionero de guerra por tierras de la provincia de Badajoz y de la Raya durante los años 1808 y 1809. En dicho artículo, señalábamos que el nombre del capitán era J. J. E. Roy. Evidentemente, este dato es erróneo ya que, como hemos señalado, J. J. E. Roy es el nombre del editor, mientras que el apellido del verdadero protagonista es Chalbrand. Nuestra confusión derivó del hecho de que en la edición que utilizamos no figura en ninguna parte el nombre del entonces capitán Chalbrand, y sí el de J. J. E. Roy que aparece en la portada interior precedido de la preposición “par”, tal y como vemos en esta transcripción: “*Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Péninsule (1808-1814) par J. J. E. Roy*, Tours, Ad Mame et Cie, Imprimeurs-Libraires, MDCCCLVI. Aprovechamos este artículo y esta nota para rectificar dicho error.

guerras de la Revolución y del Imperio. En el libro que nos ocupa, *Les Français en Espagne. Souvenir des guerres de la Péninsule, (1808-1814)* como su propio título da a entender, relata las vivencias del entonces capitán Chalbrand durante la Guerra de la Independencia, desde su movilización en enero de 1808, para incorporarse al ejército del general Dupont, hasta su salida de nuestro país en diciembre de 1813. Son, por lo tanto, cinco años durante los cuales, Chalbrand va a recorrer España “guiado” por los avatares de la guerra. Se trata de un recorrido por España de norte a sur y viceversa, en la que Chalbrand, no sólo va a referirse a los acontecimientos históricos ligados a la Guerra de la Independencia como el Tratado de Fontainebleau, la sublevación del 2 de mayo de 1808 o la derrota de Bailén, sino que además describirá costumbres, como los toros, la Semana Santa; personajes como los serenos de Madrid o los guerrilleros; monumentos como El Escorial, El Real Sitio de Aranjuez o la Alhambra e, incluso, dará explicaciones sobre instituciones, como la Inquisición<sup>2</sup>.

Sin embargo, de los *Souvenirs...* del capitán Chalbrand, sólo vamos a fijarnos en las páginas que hablan de su paso por algunos pueblos de la provincia de Toledo como Ocaña, Tembleque, Madrudejos, Consuegra, Novés, Talavera de la Reina y Oropesa, entre los meses de julio y noviembre de 1808. Como podremos ver en las páginas que siguen, las circunstancias en la que Chalbrand recorre estas localidades toledanas son bastantes especiales pues, mientras que en algunas lo hace disfrazado para huir del populacho enfurecido contra los franceses, en otras lo hace en calidad de prisionero. En este sentido, su recorrido por tierras toledanas puede ser considerado como una odisea en la que desfilan una serie de personajes de diferentes condiciones sociales que nos ayudarán a comprender de una manera muy directa cómo se vivió la invasión napoleónica. Es un relato, al que podemos calificar, siguiendo a Unamuno, de “intrahistórico”, en el que se nos mostrará, a veces mediante una fina ironía, que, a pesar del tiempo transcurrido, hay actitudes y hechos que no han cambiado demasiado, y no sólo en lo referente a la guerra y a sus desastres.

---

<sup>2</sup> He aquí los lugares por los que pasó J. J. E. Roy desde que entró en España en 1808 hasta que se marchó en 1813: Irún, Hernani, Tolosa, Mondragón (Guipúzcoa); Vitoria; Miranda de Ebro, Pancorbo, Briviesca, Burgos, Celada (Burgos); Torquemada (Palencia); Dueñas (Burgos); Valladolid; Guadarrama, El Escorial, Madrid, Aranjuez, (Madrid); Toledo; Madrid; Madrudejos, Tembleque (Toledo); San Fernando de Henares, Leganés, (Madrid); Novés, Talavera de la Reina, Oropesa, (Toledo); Castillo de Piedrabuena Alburquerque, La Codosera, (Badajoz); Campo Maior, Elvas, Juromenha N. Sra. do Loreto (Portugal); Olivenza, Oliva de la Frontera, Fregenal de la Sierra, (Badajoz); Santa Olalla, Camas, San Juan de Aznalfarache (Sevilla); San Lúcar de Barrameda Puerto Real, Puerto de Santa María (Cádiz); Sevilla; Jerez de la Frontera (Cádiz); Sevilla; Granada, Madrid, Aranjuez.

Tras la derrota de Bailén el 19 de julio de 1808, el ejército francés decide replegarse. El general en jefe del Cuerpo de Observación de las Costas del Océano, general Moncey, ordena al capitán Chalbrand que lleve un mensaje al general Musnier, que se encontraba en Ocaña, con la orden de regresar a Madrid con toda su división.

«(p. 111) Salí enseguida (desde Madrid) hacia Ocaña con una escolta de algunos militares del segundo regimiento. Este tipo de misiones se estaban convirtiendo cada vez en más peligrosas; pues los insurgentes atacaban de preferencia a los oficiales que llevaban órdenes o despachos, con la finalidad de interceptar las comunicaciones entre los diversos destacamentos franceses. Tuve la suerte de llegar sano y salvo a Ocaña, y de entregar mis mensajes al general Musnier. Éste, después de haberlos leído, dio rápidamente orden de partir a toda su división. Sin dejarme tiempo para descansar, me hizo partir hacia Tembleque y Madrilejos (sic), con la finalidad de unir los destacamentos que se encontraban en dichas localidades. Era tarde cuando llegué a Tembleque, y todavía me quedaban cinco o seis leguas para llegar a Madrilejos, pero no me podía detener ni un instante. Después de haber tomado algunos refrigerios y haber cambiado de caballos y de escolta, me volví a poner en camino, y llegué a las nueve de la noche a Madrilejos. El calor sofocante de la jornada, el cansancio debido a la dureza del camino y un resto de debilidad, a consecuencia de mi enfermedad<sup>3</sup>, me habían abatido de tal manera, que me costó muchísimo bajarme del caballo y (p. 112) subir hasta el apartamento del comandante para darle mis despachos. Le rogué que ordenara me dieran un alojamiento donde poder descansar un poco, pues tenía muchísima necesidad de ello: “Puede usted, me dijo, disponer de mi cama, pues no me acostaré esta noche; tengo que ocuparme de la partida de la guarnición, y es necesario que mañana antes de la salida del sol todo el mundo esté en camino; así que como no tiene mucho tiempo para descansar, intente aprovecharlo al máximo”. Le agradecí sinceramente su amable ofrecimiento y usé la cama sin ceremonias.

No tardé, como se puede imaginar, en dormirme profundamente. Cuando me desperté ya era de día... Quise mirar mi reloj; pero se había parado, había olvidado darle cuerda la víspera. Sin embargo podía adivinar por la altura del sol que debían ser cerca de las seis de la mañana. El más profundo silencio reinaba a mi alrededor... Me acordé de que el co-

---

<sup>3</sup> El capitán Chalbrand, cayó enfermo de fiebres el 8 de junio de 1808 en Aranjuez. Según cuenta él mismo, estuvo tres semanas en peligro y otras tres sin poder abandonar su habitación (p. 68).

mandante me había dicho la víspera que partiríamos antes de amanecer. ¿Se habría marchado con la guarnición? ¿Me habrían dejado solo? Apenas acababa de hacer estas reflexiones, oí un murmullo lejano que aumentaba por momentos, y que enseguida se convirtió en un ruidoso tumulto, en medio del cual se oían tiros y unos gritos que decían: *¡Viva el rey Fernando!* Mezclados con otros más siniestros para mí: *“¡Muerte a los franceses!”*

Salté de mi cama, a pesar de las dolorosas agujetas provocadas por mi cansancio de la víspera, y me acerqué a la ventana. A través de las láminas de las persianas vi una muchedumbre de campesinos armados que llenaba la calle, y que corría más que andaba en la dirección que tenían que seguir las tropas francesas al abandonar Madrideojos. Algunos iban a caballo, y parecían los jefes de (p. 113) estos soldados improvisados; llevaban como ellos el sombrero redondo a la andaluza, la chaqueta corta de tela marrón; su única distinción era un sable o espada larga antigua, y una bufanda con franjas de plata. Toda esta multitud avanzaba cantando cantos patrióticos y gritando “*hurras*” que resucitarían a un muerto.

Comprendí todo el horror de mi situación. La villa estaba en poder de los insurgentes, que la habían invadido inmediatamente después de la marcha de los franceses, y no tenía ningún medio de escapar de ellos. Probablemente perseguían la cola de la columna, con la esperanza de coger los equipajes y a los rezagados; esto explicaba porqué no entraban en las casas; pues me había dado cuenta de que todas las puertas y ventanas del otro lado de la calle estaban cerradas como las de la casa en la que me encontraba, y que la muchedumbre pasaba sin llamar en ninguna, sin tratar de entrar en ellas, como un torrente que baja entre dos riberas escarpadas. Pero esta carrera debía tener un final; volverían sobre sus pasos, y entrarían en las casas; entonces sería descubierto y probablemente masacrado; pues este tipo de bandas no hacía casi nunca prisioneros; y por otra parte, ¿la suerte reservada a éstos no era peor que la muerte?

Mientras hacía estas reflexiones, mientras maldecía una y mil veces a aquellos que me habían abandonado, me vestía a toda prisa, cogía mis armas, dispuesto al menos a vender cara mi vida; después salí de mi habitación para recorrer la casa, y buscar una salida que me permitiera alcanzar el campo y, quizás así, a través de los campos, alcanzar al ejército francés. Esta luz de esperanza era bastante débil, y sin embargo bastaba para animarme. Descendí rápidamente a la planta baja: la puerta de una especie de sala de visitas estaba entreabierta, y no pude más que sorprenderme al oír salir de aquella habitación un sonoro ronquido. Entré, y vi tendido sobre el suelo a un húsar que dormía como si estuviera

acostado en la cama más mullida que se pueda imaginar. A su lado había dos botellas vacías, restos de pan y de jamón, y en medio de esos restos un papel plegado en forma de carta. Lo cogí con prisa, como si un presentimiento me hubiera advertido de que allí se encontraba la explicación del enigma que me atormentaba tan fuertemente. Aquella carta estaba en efecto dirigida a mi persona, y no contenía más que estas líneas escritas con lápiz:

“Unos correos que acabo de recibir me avisan de que Castaños avanza con todas sus fuerzas sobre Madridejos, donde su vanguardia llegará probablemente mañana al amanecer; su intención es la de asediarnos en la villa, ignorando que tengo orden de evacuarla. Para evitar ser cercado y tener libre el camino de Madrid, ha sido necesario ponerse en marcha durante la noche; por lo tanto he ordenado la partida de toda la guarnición en dos columnas, la primera de las cuales partirá a media noche y la segunda a las dos de la mañana. He encargado al húsar que le entregará esta carta que tenga preparado su caballo, y que le despierte a tiempo para partir con la segunda columna. Le espero esta noche en Ocaña. Hasta la vista”.

El comandante...»

Ahora todo estaba claro. El desgraciado húsar encargado de despertarme había desayunado, mientras esperaba la hora de la partida, con los restos de la mesa del comandante, y regado esta buena comida con copiosas libaciones del capcioso vino de la Mancha. El pobre diablo, que desde hacía varios días estaba continuamente a caballo (114), que estaba rendido por el cansancio y la necesidad, había sido víctima fácil de los vapores del vino, y sorprendido él también por el sueño; el resto se puede adivinar fácilmente. Nos habíamos ido, como se suele hacer en tales casos, lo más silenciosamente posible, y, literalmente, sin tambores ni trompetas. Aunque esas reflexiones se presentaran en mi espíritu, no por ello estaba menos enfadado contra mi durmiente, que el ruido que había en la calle no había podido despertar. Lo sacudí vivamente, y sólo con mucho esfuerzo conseguí disipar el sueño de plomo que cerraba sus párpados. La dificultad que tuve para despertarlo aumentó mi cólera, y confieso que estaba en un estado de desesperación difícil de explicar, cuando por fin volvió en sí y salió del embotamiento en el que se hallaba sumido. Sorprendido primero por el estupor, estuvo un instante sin responder a los reproches y a las injurias con las que le agobiaba. Después, comprendiendo toda la extensión de nuestra desdicha, se precipitó a mis pies gritando con una voz desesperada: “¡Máteme, mi capitán, por favor, máteme, pues lo merezco...! ¡Ah!

¡Sobre todo no me deje caer en manos de esos bandoleros, que han cortado en trozos a dos de mis camaradas!”. Después, con un tono de dolor desgarrador: “¡Ay! ¡Madre mía! —añadió—, ¡mi pobre madre, ya no os volveré a ver!”. Esa desesperación tan verdadera, ese recuerdo de su madre tan conmovedor en semejante momento, me produjeron una viva impresión. Lo miré con más atención de la que le había prestado hasta entonces. Era un joven de apenas diecinueve años, con la cara imberbe, las mejillas frescas y rosadas, uno de esos niños a los que la implacable conscripción arrancaba del seno familiar para ofrecerlos como víctimas al demonio de la guerra. Si se hubiera tratado de un soldado veterano ese lenguaje me hubiera emocionado poco; hubiera visto en él un signo de (116) debilidad indigna de un militar; pero tratándose de un adolescente, que llevaba todavía, por así decir, sobre su frente los restos de los besos maternos, me sentí enternecido. El recuerdo de mi madre también atravesó mi corazón; mi cólera desapareció de golpe, y tendiéndole la mano le dije: “Levántate, hijo, no se trata ahora de lamentarse. Hemos caído los dos en el precipicio; hay que tratar de salir, si podemos”. Comprendiendo por el gesto y por el tono que había adoptado al dirigirle estas últimas palabras, que ya no estaba irritado, el joven húsar se levantó, y apretándome con efusión la mano que le tendía me dijo: “¡Ah! Mi capitán, hable, ¿qué hay que hacer para sacarle de aquí? Estoy dispuesto a todo, incluso a morir para salvarle la vida; puesto que yo soy la causa del peligro que ahora corre”. —Una vez más le digo que no se trata de morir si se puede evitar. Hay que empezar por hacer todos los esfuerzos posibles para salir del aprieto; y después, si no podemos evitar nuestra suerte, siempre habrá tiempo de resignarse a ella y de morir como valientes. —Haré todo lo que usted quiera, mi capitán; ordene, que estoy dispuesto a obedecer.

Yo estaba bastante contrariado porque no sabía qué partido tomar. Dije a mi húsar que en todo caso tuviera preparadas sus armas, y que me esperara un momento. Me aseguré de que la puerta de la calle estaba cerrada por dentro, y subí de nuevo a mi habitación para observar lo que ocurría, para ver qué podía hacer. La calle seguía estando llena de una multitud todavía numerosa, todavía exasperada. Lo único diferente era que avanzaba más lentamente; después hubo un momento de pausa; al instante se escuchó un clamor inmenso, horrible; mil gritos que se convertían en uno solo: “¡Muerte a los franceses! Al mismo tiempo la muchedumbre se abrió para dejar paso a cinco jinetes que traían (117) a una decena de soldados franceses que habían hecho prisioneros. Eran algunos rezagados que pertenecían a la última columna que salió durante la noche. Los desgraciados estaban en un estado lamentable; sus ropas eran ji-

rones, la sangre y el sudor corrían por sus rostros, y este aspecto, lejos de inspirar piedad a las bandas armadas que los rodeaban, parecía aumentar su rabia. Los gritos de ¡muerte a los franceses! se redoblaban con una nueva violencia; se les lanzaba barro, piedras; mil hojas de cuchillos brillaban amenazantes sobre sus cabezas. Los jinetes que les escoltaban hacían inútiles esfuerzos para protegerles; hablaban a la multitud, incluso amenazaban con sus sables a los más encarnizados; pero ¿qué podían cinco hombres contra esta muchedumbre furiosa, que cada vez era más compacta? Pronto uno de los prisioneros cayó al suelo, sin duda por el cansancio. En un momento fue arrastrado hasta el centro de un grupo, que se precipitó sobre él como fieras salvajes sobre una presa. Era para aquél que le diera una puñalada o una bayonetazo, y mucho después de que hubiera dejado de existir, sus verdugos se ensañaban todavía sobre su cadáver. Durante esta escena, el jefe de la escolta, esperando sin duda que la muchedumbre, contenta con una víctima, le dejaría llevarse a los otros, redobló sus esfuerzos para abrirse paso. Ordenó a sus cuatro hombres que hicieran fuego con sus carabinas sobre los que intentaran llevarse a los prisioneros. Esta amenaza produjo su efecto, y los prisioneros, reducidos a nueve, pudieron continuar su camino.

Se puede comprender qué dolorosa impresión produjo en mí este espectáculo horrible. Ésta era la suerte que me esperaba en el momento en que fuera descubierto, en que la turba hubiera entrado en la casa en la que estaba, y lo que me extrañaba, era que no lo hubiera intentado todavía (118). Por un momento pensé en abrir la puerta de la calle, precipitarme en medio de esta turba con el joven húsar, y hacerme matar combatiendo, para evitar el suplicio horrible del que acababa de ser testigo, y así al menos vender cara mi vida. Sin embargo una reflexión me frenó; el ejército de Castaños no estaba compuesto únicamente por esas bandas indisciplinadas que veía en la calle, y que no ejercían más que actos de barbarie como el que acababa de presenciar. Había un cierto número de tropas regulares, que trataban a los prisioneros con las consideraciones habituales con que las naciones civilizadas tratan a un enemigo desarmado. Tenía la prueba en los esfuerzos que habían visto hacer a los jinetes de la escolta, que evidentemente pertenecían al cuerpo regular, y que, según el uniforme, pertenecían al de guardias valonas. Si fuera posible entregarme como prisionero a algún oficial del ejército regular, sería sin duda una desdicha, pero no una desgracia irreparable, como lo sería una muerte inútil y sin gloria, cayendo en poder de esa tropa de locos furiosos. ¿Pero, dónde estaba ese ejército? ¿Cuándo ocuparía Madrideojos? ¿No tratarían antes de entrar en la casa en la que estaba encerrado?

Mientras me dedicaba a reflexionar sobre esto, me di cuenta de que la muchedumbre había disminuido considerablemente; en lugar de los guerrilleros, se veía una larga fila de galeras<sup>4</sup> llenas de mujeres y de niños, que algunos hombres con aspecto de burgueses escoltaban a caballo o montados en mulas. Todavía se veían también aquí y allá un buen número de aquellas figuras siniestras de hace un rato, pero había también algunos soldados regulares. Esos coches de mujeres y de niños, esos burgueses que les acompañaban, eran los habitantes de Madridejos que habían abandonado la villa durante (119) la estancia de los franceses, y que se apresuraban a volver a sus domicilios después de su marcha. Una proclama de Castañón les había invitado a hacerlo, al mismo tiempo que prohibía a los soldados entrar en cualquier casa antes que los propietarios, y de presentarse en ellas sólo con una autorización del alcalde. He aquí lo que comprendí de una conversación que tenía lugar bajo mi ventana entre un soldado y un burgués. Comprendí así porqué no me habían molestado en mi refugio; pero aquello no podía durar mucho tiempo. Las casas vecinas a la mía comenzaban a recibir a sus dueños; probablemente el mío aparecería pronto; y como no me interesaba encontrarme cara a cara con él, me decidí a llevar a cabo un proyecto que acababa de ocurrírseme sobre la marcha.

Bajé a toda prisa a donde estaba mi húsar. Ya no estaba en la sala en la que le había dejado; creí oír un ruido en un pequeño patio vecino; corrí hasta allí, y vi que acababa de ensillar nuestros dos caballos. —¡Vaya! Exclamé, no había pensado en los caballos; pero has tenido una buena idea, y ya que están listos, aprovechémosnos. —¿Qué tengo que hacer, capitán? —Nada, sólo tienes que seguirme a algunos pasos de distancia, como si fueras mi sirviente, y si te dicen algo, responder que... —Pero, mi capitán, interrumpió el húsar, no sé ni una palabra de español; a penas casi no sé hablar francés; pues soy alsaciano, y no hace seis meses que salí de mi región. Su acento tudesco, y la dificultad con la que se expresaba en francés me habían hecho suponerlo. “mejor así, respondí a mi vez, yo hablaré por los dos, y será mejor todavía”. Después le hice quitarse la escarapela de su chacó; a continuación quité la de mi sombrero de ordenanza, y separé sus alas, (120) de manera que bajándolas adquiriera la forma de un sombrero español; una vez hecho esto, cubrí mis hombros con una capa parda española, y monté a caballo. Recomendé al húsar que hiciera otro tanto tan pronto como abriera la puerta de la calle, a la entrada de la cual me paré para darle tiempo a montar. ¿Hay que llevar el sa-

---

<sup>4</sup> Carro para transportar personas, grande, de cuatro ruedas, ordinariamente con cubierta o toldo de lienzo fuerte.

ble en la mano?, me dijo. –No, no, guárdalo bien. Deja tu sable en la vaina y tu carabina en el gancho como si fuéramos a dar un simple paseo”.

Todo se hizo como yo había ordenado. A penas estuvimos en la calle, mil miradas escrutadoras se dirigieron sobre nosotros. Todavía había allí un buen número de guerrilleros que, si nos hubieran reconocido, no habrían deseado más que vengarse en nosotros por los prisioneros que les habían arrebatado una hora antes. Pero yo había contado con nuestro disfraz para despistar a los curiosos; pues mi gran sombrero redondo y mi capa no me hacía parecer de ninguna manera un oficial francés; en cuanto al húsar, como pertenecía al segundo regimiento, cuyo uniforme es gris oscuro, y como había en España un regimiento extranjero cuyo uniforme era más o menos del mismo color, no era fácil para los burgueses y los campesinos, poco al corriente de los atuendos militares, distinguir si éste era amigo o enemigo. Ya había contado yo con esto; pero había contado más con mi sangre fría y con mi facilidad para hablar la lengua española, facilidad tal que me podía hacer pasar por un verdadero castellano. A penas di unos pasos, me giré, como si hubiera olvidado algo, y dije en voz baja a mi húsar que le iba a ordenar en español que fuera a cerrar la puerta de la casa y que me trajera la llave. Elevando la voz le dije en español, (121) de manera que me pudieran oír todos los vecinos: “Pedro, baja del caballo y ve a cerrar la puerta; me traerás las llaves, que iré a dejar en manos del alcalde”. Después, dirigiendo la palabra a un burgués que parecía ocupado en instalarse en una casa vecina: “Señor, le dije, ¿sabe usted si su vecino tardará mucho en volver a ocupar su casa? –No lo creo, señor jinete, me respondió, pues el señor don Gómez de Ribeira, a quien pertenece, hace tiempo que se marchó a Andalucía, donde posee propiedades considerables. –Entonces, repliqué, voy a entregar las llaves al alcalde, siguiendo la órdenes que he recibido del general Reding, para que él disponga como crea conveniente”. Según iba terminando de decir estas palabras, mi húsar me iba dando las llaves, y montando otra vez a caballo.

El nombre del general Reding produjo el efecto que yo había previsto<sup>5</sup>. Vi que todas las caras a mi alrededor se aclaraban, y que la nube de desconfianza que las oscurecía hasta entonces daba paso a la confianza y al respeto. “¿Podría indicarme, dije dirigiéndome a mi interlocutor, la vivienda del

---

<sup>5</sup> No olvidemos que el general Teodoro Reding había sido el artífice de la reciente e importante victoria de Bailén, la primera victoria española frente a los ejércitos franceses en la Guerra de la Independencia, en la que se comprobó que dichos ejércitos, invictos hasta la fecha en toda Europa, también podían ser derrotados, al evocar la batalla de Bailén así como sus consecuencias. El desarrollo de la batalla así como sus consecuencias inmediatas son evocados por Chalbrand en las páginas 92-108.

señor alcalde? –Señor oficial, me respondió, está a dos pasos, y si me lo permite, tendré el honor de conducirle hasta allí personalmente. –Acepto su ofrecimiento con gusto, si no le molesta demasiado. –En absoluto, estaré encantado de servirle de guía”. Y se puso al instante a caminar a mi lado.

Rápidamente me di cuenta de que el digno burgués había decidido acompañarme más que por deferencia hacia mi persona, por curiosidad. Todo el tiempo que duró el trayecto entre su casa y la casa del alcalde, es decir, durante un buen cuarto de hora, aunque sólo estuviera a dos pasos, según él, no paró de hacerme preguntas, a las que respondía muy alto y con una imperturbable (122) sangre fría de manera que me pudieran oír el grupo de individuos que nos seguía atraídos por la curiosidad. “¿Piensa usted, señor capitán, me decía, que los franceses volverá aquí? –¡Oh! No hay peligro; le garantizo que en este momento están en plena retirada en toda España, y pronto habrán vuelto a cruzar los Pirineos. –Alabado sea Dios, señor comandante (pues, a medida que iba ganando confianza, iba aumentando mi graduación). ¡Ah! ¡Malditos franceses!, ¡cuánto mal me han hecho! Figúrese que no he encontrado ni un solo mueble entero en mi casa. ¡Ah! ¡Si antes de que se marcharan pudiéramos exterminarlos a todos! Eso es lo que podría pasar si el general Castaños consigue alcanzarlos. –¿Usted cree? ¡Ah! ¡Qué alegría!

Hablando de esta manera llegamos a la casa del alcalde. ¿Me saldrá todo tan bien con él como con su administrado? Esta idea me inquietó un momento; pero, puesto que todo había empezado tan bien, decidí seguir con mi juego hasta el final. Para darme una cierta importancia, rogué a mi guía que se asegurara si el magistrado estaba en su casa, y en ese caso de prevenirle de que un oficial agregado al estado mayor del general Reding deseaba hablarle. Un poco después, mi hombre volvió diciéndome que el alcalde me rogaba que entrara en el zaguán, a donde iría al instante. Bajé rápidamente del caballo y entré en el zaguán, donde mi guía me hizo los honores, mientras esperábamos al alcalde, que él conocía, me dijo, particularmente.

Inmediatamente vi entrar al magistrado; era un hombre bajo, mofletudo, de vientre prominente, y que me hubiera recordado bastante a su compatriota Sancho Panza, a no ser por una cierta afectación de gravedad y de importancia incompatible con la simplicidad y el descuido del famoso escudero del caballero de la (123) Mancha. “Señor alcalde, le dije, he sido enviado, la pasada noche, por el general Reding a esta villa, con la finalidad de tomar posesión, inmediatamente después de la marcha de los franceses, de la casa que les había servido de cuartel general, y de asegurarme del estado en el que se encontraba dicha casa, perteneciente al señor don Gómez de Ribeira, para preservarla de cualquier depredación ul-

terior. He visto que esta mansión está intacta, que los muebles ha sido conservados, y que tras haber mandado cerrar las puertas en presencia de varios honorables ciudadanos, y entre otros, del señor aquí presente, añadí señalando mi guía, le traigo las llaves, encargando a partir de ahora a Su Señoría de cualquier responsabilidad al respecto. —Pero, señor, respondió el alcalde, no comprendo porqué tengo que encargarme yo de esta responsabilidad; ya que yo mismo he estado ausente de esta villa desde hace más de un mes, al no haber querido ejercer mis funciones en nombre del usurpador. He llegado hoy; ignoro en qué estado se encuentra la propiedad de don Gómez, ni cuál es la especie de responsabilidad que me quiere imponer encargándome de estas llaves. Además no tengo que recibir ninguna orden del general Reding, ni de ninguno de los general, ni siquiera de Castaños; sólo debo obediencia a la junta suprema y a su representante, el conde de Tilli, al que espero hoy mismo en esta villa”.

Esta respuesta fue hecha con un tono de mal humor nada tranquilizador. Lo que todavía era menos, era la próxima llegada del conde de Tilli, personaje del que había oído hablar bastante. Era uno de esos hombres que se encuentran en todas las revoluciones, que buscan con su audacia y valor el olvidar un pasado poco honorable. Cargado de deudas, arruinado por completo, perseguido en Madrid (124) por un proceso relacionado con la falsificación, el conde de Tilli se había presentado a la junta de Sevilla como víctima de su apoyo a la causa del rey legítimo. Sus maneras de gran señor, su elocución fácil, su espíritu sutil, y alguna cosa de acerbo y de resolución en su carácter, hicieron que se le considerara como una preciosa adquisición. Fue nombrado miembro de la junta suprema, y enviado como tal, cuando comenzaron las hostilidades, al lado de los generales para controlar y vigilar sus actos. Estas funciones, como se ve, eran análogas a las de los representantes del pueblo que la Convención enviaba a los ejércitos durante las guerras de nuestra revolución. Era sobre todo en sus relaciones con el enemigo y con las poblaciones civiles donde la autoridad de los generales estaba subordinada a la del comisario de la junta suprema. Castaños no se hubiera permitido recibir a un parlamentario en su presencia de otra manera, y se deben al conde de Tilli las cláusulas tan duras del tratado de Andújar y la mala fe con la que se llevó a cabo su ejecución<sup>6</sup>. Los generales no podían llevar a cabo requisiciones

---

<sup>6</sup> El tratado de Andújar es el nombre que Chalbrand da a las capitulaciones pactadas entre los generales Castaños y Dupont tuvieron lugar en 22 de julio de 1808 en la Casa de Postas existente a mitad de camino entre Andujar y Bailén. Cf. PRIEGO LÓPEZ: *Historia de la Guerra de la Independencia*, tomo 2, pp. 238-251. Chalbrand menciona las capitulaciones en la página 107.

sobre los habitantes sin su visto bueno; he aquí la razón por la que el alcalde de Madridejos no parecía dispuesto de ninguna manera a obedecer las órdenes del general Reding.

Yo conocía todas estas particularidades; pero había imaginado que el nombre del general Reding produciría sobre el alcalde el mismo efecto que sobre mi guía. Dándome cuenta que me había equivocado, me apresuré en buscar una salida al lío en que me había metido. “Señor alcalde, usted me ha comprendido mal, o más bien, lo confieso, me he expresado mal. No se trata de imponerle ninguna responsabilidad, menos todavía de darle órdenes de parte de mi general; él sabe con qué celo, con qué entrega por la buena causa (125) usted cumple sus funciones; sabe, como lo saben también todos sus colegas, que todos los servidores del rey Fernando pueden contar con usted para prestarle su ayuda y protección; es por este motivo por lo que le ruego que vigile la casa de su amigo personal, el señor Gómez de Ribeira, para que no permita que sea ocupada, cuando sea necesario, en el momento del paso del ejército, excepto por generales o jefes de cuerpos, o por personajes de la importancia del conde de Tilli, del que usted me hablaba hace un momento”.

Rápidamente me di cuenta de que en al adular la vanidad del alcalde había tocado la cuerda sensible. “Si es así, dijo en un tono más suave, me hago cargo de las llaves de don Gómez. Dirá al general Reding que haré todo lo posible para cumplir sus deseos, y que siento que la marcha del ejército no le haya permitido pasar por aquí; hubiera estado encantado de rendir mis honores a un leal servidor del rey, que, según lo que usted acaba de decirme, conoce también mi apego a la buena causa. ¿Que si lo conoce? Pero si le he oído varias veces hablar de usted en el sentido que le he dicho, y no duda que tan pronto como Su Majestad Católica haya vuelto a ocupar el trono de su padres, usted recibirá de manos del propio rey una recompensa digna de sus eminentes servicios”.

Esta segunda dosis de halagos acabó por volverle loco. Cualquier reserva, cualquier altanería había desaparecido; me ofreció un refrigerio, que yo le agradecí, (pero que no acepté) con el pretexto de que no podía pararme más tiempo, y que ya tenía que estar de camino; pero no quise dejarle sin aprovechar su buena voluntad para que me diera información sobre dos hechos importantes que me había desvelado durante su conversación: el primero, que el conde de Tilli iba a llegar a Madridejos; el segundo, que (126) el general Reding no pasaría por aquella villa. “Sólo me queda, le dije, tendiéndole la mano, que despedirme de usted; pero antes, ¿tendría la bondad de darme un recibo donde figure que le he entregado las llaves? Esta formalidad, me apresuré a añadir, es sólo para mí, y sirve

para demostrar a mi general que he cumplido la misión que me ha encomendado”. –“No hay ningún inconveniente”, dijo muy dignamente el alcalde, y se puso a escribir el documento que le había pedido. Como era necesario que pusiera el nombre de la persona de la que había recibido los objetos que figuraban en el recibo, me preguntó cómo me llamaba. “De Forbach, respondí, capitán de estado mayor, agregado a la división del general Reding. –¡Vaya! ¡Pero si tiene usted apellido alemán, y yo que pensaba que era usted español! –Soy suizo, respondí negligentemente, compatriota del general Reding<sup>7</sup>, y desde hace bastante tiempo al servicio de España”. Cuando acabó de escribir, le rogué que metiera el documento en un sobre lacrado y dirigido al general Reding, procurando sellarlo con su sello de alcalde. “¿Y qué nombre de ciudad o de pueblo tengo que poner en el sobre?, preguntó, pues me parece que el general ya no está en Consuegra. –Es probable, repliqué; pero deje el nombre en blanco, pues yo sabré encontrarle allá donde se encuentre. Ahora, añadí, cuando me dio el famoso recibo, no me queda más que desearle buena salud y darle de nuevo las gracias. ¡Ah! Por cierto, cuando vea al conde de Tilli, querría, se lo ruego, darle recuerdos de mi parte y decirle cuánto siento que mi deber no me haya permitido presentarle mis respetos. –Entonces, ¿le conoce usted? –Mucho. –En ese caso, es una pena que no pueda usted prolongar su estancia una hora o dos, pues estará (127) aquí dentro de una hora, o como mucho hora y media. –De verdad que es una pena, pero seguro que sólo hará un alto en el camino y que continuara su ruta; entonces lo veré esta noche o mañana por la mañana. –No lo creo, pues tiene que quedarse aquí hasta la llegada del general Castaños, que no llegará hasta mañana o pasado mañana. –¡Bien!, entonces le veré en Madrid. Adiós, señor alcalde! –¡Adiós, señor capitán”. Y nos separamos dándonos los más cordiales apretones de manos.

Ahora ya estaba centrado en lo que me quedaba por hacer. Ya no temía encontrarme con el conde de Tilli, que no hubiera sido tan fácil de engañar como el alcalde. Se trataba de encontrar al general Reding, cuya lealtad era tan conocida como su valentía. Tenía en la carta escrita y sellada por el alcalde una especie de salvoconducto que podía servirme para llegar hasta él. Había que darse prisa y aprovecharse de ello.

Volví con mi húsar, que me esperaba tranquilamente en la calle, suje-

---

<sup>7</sup> Efectivamente, el general Teodoro Reding había nacido en el catón suizo de Schwitz en 1755. Tras luchar con el ejército de su país contra los franceses, entró al servicio de España donde fue ascendido a teniente general por la Junta Central. Murió en abril de 1809 en Tarragona a consecuencia de unas graves heridas de guerra sufridas durante la batalla de Valls (Tarragona), donde había sido derrotado por el general francés Gouvion Saint-Cyr dos meses antes.

tando mi caballo por la brida, y rodeado de un círculo de curiosos, pero que se mostraban poco inoportunos. El alcalde me había acompañado hasta la puerta, y los testigos de esta escena habían visto cómo nos estrechábamos las manos. Subí lentamente al caballo, y después de saludar con la mano al alcalde y al burgués que me había servido de guía, piqué espuelas y me dirigí al camino de Madrid, seguido por mi fiel húsar.

Llegamos temprano a Consuegra. Esta pequeña villa estaba tan embarrullada por las mismas tropas que había visto por la mañana en Madrideojos, que me costó trabajo atravesarla. Conseguí hacerlo sin excitar demasiado la curiosidad, y tras haberme asegurado que el general Reding ya se había ido de allí, dirigiéndose a Tembleque. Al llegar a esta última villa, me enteré de que (128) el general se encontraba allí, y que mi suerte se iba por fin a decidir. Ya era hora, pues estaba muerto de fatiga; pero quería sobre todo salir del estado de ansiedad en el que me encontraba desde la mañana. El disfraz que había adoptado y el papel equívoco que estaba obligado a representar no iban de manera alguna con mi carácter; a cada momento estaba a punto de traicionarme a mí mismo, y cada vez que articulaba una de aquellas mentiras a las que me obligaba mi disfraz, me parecía que mi cara debía contradecir mis palabras.

Me costó bastante trabajo obtener una audiencia con el general Reding. Primero le enseñé la carta del alcalde de Madrideojos. “Se la vamos a llevar al general, me dijo un oficial de servicio, y usted esperará la respuesta”. Insistí en dársela yo mismo; me preguntó que a qué cuerpo pertenecía. Esta pregunta me había sido hecha dos o tres veces, y siempre había tratado de no responder; una vez más, simulando que no la había entendido, dije con la mayor sangre fría de que fui capaz: “Tengo informes positivos que dar al general sobre los movimientos del ejército francés; ya he hablado de ello esta mañana con el conde de Tilli que he visto en Madrideojos, y que me ha encargado que se los comunique lo más pronto posible al general, ya que son especialmente interesantes. Haga el favor de advertirle que le quiero hablar en privado de parte del comisario de la junta suprema; si no consiente en recibirme, regresaré de inmediato con el conde de Tilli para explicarle las dificultades que he encontrado”.

El nombre del conde de Tilli me sirvió aquí como me había servido el del general Reding por la mañana. Todas las dificultades desaparecieron, y un instante más tarde fui introducido en la habitación que ocupaba. El general Reding era un hombre de unos sesenta años; (129) su pelo era blanco como la nieve; su fisonomía, masculina y enérgica, respiraba al mismo tiempo la bondad y la franqueza. “General, le dije mientras le abordaba, espero que me perdone, la treta que he empleado para llegar

hasta usted”. Y sin más preámbulos le dije quién era, mi posición en el ejército francés, la misión que se me había encargado para el general Musnier; le conté por que fatalidad me habían abandonado la noche anterior a Madridejos, el espectáculo horrible del que había sido testigo, y la treta que había empleado para no caer en manos de las bandas bárbaras que violaban tan cruelmente las leyes de la guerra y de la humanidad, y que quería entregar mis armas a un guerrero tan renombrado tanto por su bravura como por sus virtudes. Y diciendo estas palabras, le presenté mi espada.

El general me escuchó con mucha atención; cuando acabé, me hizo varias preguntas sobre la situación y la composición de la división del general Musnier, que debía conocer, puesto que formaba parte de su estado mayor. Le respondí que pertenecía a dicha división de manera provisional y desde hacía pocos días; se lo demostré mediante la orden que se me había dado en Madrid, y que llevaba la firma del mariscal Moncey. La carpeta que contenía este documento guardaba también otros que podían confirmar mi identidad; la dejé completamente abierta sobre la mesa del general; comprendió mi pensamiento, echó un vistazo a la dirección de las distintas cartas que habían sido enviadas a mi nombre, así como a mi diploma de oficial; después, apartándolas con la mano, añadió: “Guarde todo esto, capitán, puede necesitarlo más tarde. Ha tenido un o buena idea confiando en mí; guarde su espada; usted es mi prisionero, pero prisionero bajo palabra. Sin embargo (130) todavía tengo que hacerle una pregunta. Entre los motivos que me ha dado para llegar hasta mí, me ha dicho que tenía informaciones que comunicarme sobre los movimientos del ejército francés. –Perdón, mi general, respondí sonrojándome, eso fue una de las consecuencias del papel que representé desde esta mañana, y no era más serio que el supuesto despacho del alcalde de Madridejos. –Me lo creo, y por ello no le exigiré nada que usted piense sea contrario a la delicadeza y al honor militar. Mi pregunta es ésta: ¿Piensa usted que el ejército francés que se concentra en estos momentos en Madrid, se propone defender la ciudad o abandonarla? Piense si puede responderme sin faltar a sus obligaciones como francés y como militar”.

Tras reflexionar unos instantes, le respondí: “General, si hubiera tenido ayer la desgracia de haber sido hecho prisionero antes de cumplir mi misión, me hubiera gustado más perder la vida que responder como voy a hacer a su pregunta; pero hoy, cuando el movimiento está en plena ejecución, y cuando usted va a enterarse de ello como muy tarde mañana, quizás esta noche, o quizás dentro de una hora, no puedo atribuirme el mérito de guardar algo que no tiene ninguna importancia, y que no puede

influir en nada en sus futuras decisiones. El ejército francés abandona Madrid y las dos Castillas, quizás se retirará hasta más allá del Ebro. Hoy mismo, 30 de julio, el rey José tiene que dejar Madrid, y mañana el mariscal Moncey le seguirá con el resto de las tropas.

–Bien, bien, capitán, dijo Reding. Estoy contento con su respuesta y con la manera en que la ha hecho. Ya conocía una parte de los hechos; pero me ha gustado oír la confirmación de (131) sus labios. Mañana salimos hacia Madrid, usted hará el viaje con nosotros: voy a dar las órdenes oportunas para que sea tratado convenientemente.

Di efusivamente las gracias al general. “Pero, añadí, somos dos prisioneros; el húsar, causa de mi desdicha, aunque eso ya no tiene importancia, y desearía que usted extendiera también sobre él su benevolencia, lo que hará de una manera gustosa, ya que es uno de sus compatriotas. –¿Cómo es posible entonces que sirva en un regimiento francés? –Nada más simple. Nació en Suiza; pero su pueblo que pertenecía al obispado de Porentruy, y por consiguiente al cantón de Berna, se unió a Francia en 1793. He aquí por lo que la ley de reclutamiento lo ha alcanzado y le ha hecho entrar en un regimiento francés. –Lo que me dice me predispone en su favor. Voy a dar las órdenes para que usted lo conserve provisionalmente como ayudante; más tarde, si las circunstancias exigen que sean separados, me ocuparé de él”.

Tras haber dado de nuevo las gracias al general, me marché y fui a buscar a mi húsar, a quien conté lo que me había dicho el general. Estaba encantado y me besaba las manos, jurándome que sólo la muerte lo separaría de mí.

No puedo dejar de alabar la conducta del general Reding al respecto. Sus ayudantes de campo y sus oficiales de estado mayor, sin duda tras recibir las órdenes de su jefe, me dieron una simpática acogida. Mi suerte hubiera parecido buena, si no tuviera en el pensamiento el hecho de que estaba prisionero, y que no sabía ni cuándo ni cómo iba a recobrar mi libertad”.

(...)

*(132) El 31 de julio el ejército español se puso en marcha y llegó a Madrid el 5 de agosto. Dado que la situación en Madrid era bastante arriesgada para un oficial francés, el general Reding decide trasladar al prisionero a San Fernando de Henares a dos leguas y media de la capital (133). El húsar se quedará como sirviente personal del general. En San Fernando, Chalbrand es encerrado en la cárcel de la localidad junto a un gran número de prisioneros franceses (134). Aquí permanecerá retenido hasta el 28 de noviembre, cuando, ante el avance de las tropas*

*francesas es evacuado a las dos de la mañana (137-138). Por la noche duermen en Leganés, donde son recibidos a pedradas por la población. El día 30 salen de Leganés y van a dormir a El Álamo. Al día siguiente llegan a Novés.*

“(141) Llegamos a Novés antes de las diez de la mañana (del día 31 de noviembre de 1808); la niebla había desaparecido; la aparición de una tropa armada, cuyos fusiles reflejaban a los lejos los rayos del sol, hizo creer a los habitantes que éramos franceses. Todo el mundo se dio a la fuga, y el capitán Palacio (el jefe de nuestra escolta) se vio obligado a enviar un mensajero para tranquilizarlos. Los campesinos regresaron con la intención de degollarnos, para castigarnos por el terror que habíamos provocado en ellos. Nuestra escolta se lo impidió, y Palacio nos hizo parar a cierta distancia del pueblo, mientras los soldados iban a comprar pan. No sé dónde paramos por la tarde; el día 3 (de diciembre), nos levantamos antes de que amaneciera; debíamos dormir en Talavera de la Reina; apresuramos la marcha y a mediodía estábamos ante las puertas de esta villa. Como era mucho más considerable que las otras que habíamos atravesado, tenía también mucho más peligro para nosotros. Los habitantes no se limitaron a insultarnos, vinieron a nuestro encuentro armados con sables, bayonetas y puñales. Palacio se comportó magníficamente; hizo cargar las armas, y amenazó con disparar sobre los agresores. El capitán no quiso en modo alguno pararse en Talavera, dónde su vida y la nuestra estaban demasiado expuestas. Seguimos nuestra ruta hasta un pueblo situado dos leguas más lejos.

(142) Del 4 al 11 de diciembre hicimos marchas y contra-marchas continuas, motivadas por la proximidad del ejército francés; esos movimientos nos hacían pensar que tenían la intención de canjearnos o de liberarnos. Los desgraciados piensan siempre que se ocupan de ellos: es un consuelo que hay que dejarles; desengañarles sería a menudo desesperarlos.

El 12 de diciembre, nos encontramos en un pueblo llamado Aldea-Lovispo (¿Puente del Arzobispo?) con el primer destacamento que había partido unas horas antes de San Fernando (de Henares). Los oficiales de nuestra guardia, reunidos con los del primer destacamento, llamaron a mis camaradas uno tras otro y les hicieron pasar a una habitación vecina. Palacio no estaba; allí, su teniente les dijo que tenían que poner en sus manos todo el dinero y las joyas que llevaran; que su intención no era quitárnoslas sino evitar el pillaje y el robo del que podíamos ser víctimas si conservábamos con nosotros nuestros valores de oro y de dinero. Esta medida había sido ya tomada con los oficiales del primer destacamento, como nos habían contado nuestros camaradas. Mis camaradas, poco entusiastas con la idea

de confiar su bolsa a tales depositarios, como habían oído ciertos rumores precursores de lo que ocurría en ese momento, me confiaron todos su pequeño tesoro. Se habían dado cuenta de que yo gozaba entre los oficiales de la escolta, y sobre todo de Palacio, una cierta consideración que no mostraban con los demás oficiales, por lo que habían concluido que si alguien debían librarse de la vejación con que estábamos amenazados, ese era yo sin lugar a dudas. No se equivocaron; todos, tras haber respondido que no tenían dinero, fueron registrados de manera indecente, y esta operación insultante fue acompañada (143) con injurias y bromas groseras. A mí también me llegó el turno; mis camaradas pensaron que iba a seguir el mismo trato vejatorio. El teniente me hizo la misma pregunta, acompañada por las mismas razones que había dado a mis camaradas. Respondí que me extrañaba mucho que, después de catorce días de marcha, se llevara a cabo una medida que debía haber sido tomada cuando partimos, y que ciertamente hubiera sido menos humillante que rendir nuestras espadas; pero lo que más me extrañaba era que se hubiera pensado en ello durante la ausencia del jefe de la escolta, don Palacio, la única persona que hubiera debido informarnos de una decisión de esta naturaleza. “No responderé a su pregunta –añadí–; si quieren registrarme, como tienen la fuerza de su lado, ustedes son los amos; pero protesto de antemano contra un acto indigno de oficiales, y sobre todo de oficiales castellanos”.

Había respondido con mucha calma, y vi que eso causó el efecto deseado. El teniente, casi avergonzado, me dijo que había mal interpretado sus intenciones; que, desde el momento en que no eran bien comprendidas, no insistiría más. –Un instante después nos volvimos a poner en marcha y nuestro dinero se salvó por esta vez.

El 14 de diciembre, llegamos a Oropesa, donde vimos varios soldados ingleses entre los curiosos atraídos por nuestra presencia. A medida que avanzábamos, el número de casacas rojas aumentaba. Yo temblaba pensando que podían ponernos en sus manos; ya nos habían amenazado con hacerlo. Sin embargo, nos dimos cuenta de que, lejos de tirarnos piedras o de insultarnos como los españoles, nos miraban con un aire de gran compasión.

Nos encerraron en el vestíbulo de la prisión: (144) cuatro muros ahumados, dos puertas armadas con enormes cerrojos y candados, fueron los únicos objetos que nos chocaron. El mobiliario de nuestro apartamento se componía de una larga piedra destinada a servirnos de mesa, de banco y de almohada. Un ventana con rejas iluminaba esta agradable estancia; pero daba a la calle; y era por allí por donde los notables del pueblo nos atacaban con piedras; estaban seguros de no fallar, y de que nosotros nos les res-

ponderíamos. Mientras se divertían con este noble ejercicio, un oficial inglés seguido por dos soldados se presenta, aparta al gentío repartiendo a diestro y siniestro algunos puñetazos, y entra en nuestra celda. El oficial hablaba un poco francés y bastante mal el español; los soldados hablaban español; el primero preguntó si había algunos oficiales franceses entre nosotros; le respondimos, y él nos estrechó la mano a cada uno, mientras que sus soldados fraternizaban también con los nuestros. Ya no era el lenguaje grosero, la risa burlona, las bromas atroces con los que nos perseguían los españoles; era la expresión de los sentimientos generosos del hombre que comprende los deberes de la humanidad. A un gesto del oficial, varios otros soldados ingleses se acercaron a nuestra prisión y se unieron a la conversación; después un grupo de ellos se alejó y volvieron poco después con su cena, que compartieron con nuestros soldados. Esta feliz intervención sirvió para detener cualquier hostilidad por parte de la población.

Al día siguiente, antes de partir, vimos llegar a la plaza un oficial de la guardia imperial conducido por una docena de guerrilleros. Se nos permitió charlar con él. Este oficial acababa de ser hecho prisionero en El Escorial; nos dio informes exactos sobre la posición de los ejércitos. Le invitamos a comer una parte (145) de un triste *rancho*, que aceptó encantado, pues estaba literalmente muerto de hambre.

Ya que acabo de hablar del rancho, mis lectores no se molestarán si les explico en qué consiste este manjar, que nos daban siempre que podíamos pagarlo. El rancho es la comida ordinaria de los soldados. La nuestra se componía de hojas de col y de lechuga, de patatas cortadas en cuatro trozos sin pelar y sin lavar, y de algunos puñados de garbanzos, todo cocido a borbotones en un caldero. El cabo que iba delante se encargaba de prepararnos el rancho, pagando cuatro reales que cada uno le daba diariamente. Él ganaba algo y nos ahorraba el tener que comprar comestibles y que cocinarlos, cosa que en nuestra posición hubiera sido muy difícil, por no decir imposible”.

Hasta aquí el relato del capitán Chalbrand por tierras toledanas. Después seguirá su camino como prisionero hacia los barcos-prisión fondeados en la bahía de Cádiz, pasando por varias localidades de Cáceres y Badajoz<sup>8</sup> hasta San Juan de Aznalfarache, desde donde, por el Gualdaquivir,

---

<sup>8</sup> Como ya señalamos, el recorrido del capitán Chalbrand por tierras extremeñas fue publicado como un artículo en la Revista de Estudios Extremeños, “Aventuras y desventuras de un capitán francés por tierras extremeñas durante la Guerra de la Independencia” (en colaboración con María de los Ángeles Arias Álvarez), *Revista de Estudios Extremeños*, n.º III, 2003, pp. 1037-1057. Se puede consultar on-line en la página web de dicha publicación.

llegará hasta San Lúcar de Barrameda para ser conducido al pontón llamado “Castilla la Vieja”. El 8 de junio de 1810 será liberado por tropas francesas. A partir de ese momento estará destinado en el cuerpo del ejército francés que operaba en Andalucía, región que recorrerá sin tantas penurias. Finalmente, antes de abandonar España con destino a Rusia en diciembre de 1813, escribe: *“Aunque estaba muy contento de alejarme de España, que traía a mi mente tan tristes recuerdos, y de no participar en una guerra cuyo carácter se volvía cada día más bárbaro, dejaba en aquel país varios amigos que echaba de menos, y no olvidaba que los días de miseria habían sido borrados por otros de felicidad”* (p. 226).